Práctica formativa en Fisioterapia: maravillosa experiencia traducida en recibir más de lo que esperas dar

Eliana Rodríguez Saavedra

Docente Programan de Fisioterapia
Universidad Mariana

Podría comenzar por decir, que a través de los años he descubierto que cada persona que se cruza en el camino, es un regalo del cielo en la historia porque nuestra vida seguramente necesita de él, más de lo que él pueda necesitar de nosotros. Pues bien, ésta se me ocurre que es la forma más clara de describir lo que sucede cuando nos referimos a nuestros pacientes; esos seres que tal vez nunca anhelaron vernos ni siquiera conocernos. De hecho nosotros representamos para ellos una batalla contra sus miedos, sus dolores, sus frustraciones, su desesperanza. Aquí, en este encuentro, el conocimiento y la ciencia se hacen nada frente al desafío de amor y el aprendizaje de vida que cada persona trae consigo. Es así como cada atención, cada acción en medio de su simplicidad, se hace grande en la medida en que nos permite crecer, de modo tal que no seremos los mismos después de cada uno de dichos encuentros.

A lo mejor, no hace falta siquiera una prueba diagnóstica para anticiparnos a descifrar el sufrimiento y la angustia traducidos en una mirada, una sonrisa esquiva, un gesto impredecible, una palabra o incluso un silencio; recordándonos que aquí estamos, que esta misión es enorme, y que esto trasciende fórmulas, dosis, series, repeticiones, que aquí no hay nada escrito, que simplemente se trata del amor en la dimensión del servicio y la entrega infinita.

Pero si nos detenemos entonces en la población pediátrica, esto que acabo de decir se multiplica porque el amor es inversamente proporcional a la edad. Acercarnos a un niño necesariamente implica hacernos niños, pensar como niños, soñar como ellos y al menos por un instante, vivir de lo simple, tomando parte de sus historias y sus cuentos. Esta sí que se puede decir que es una experiencia doblemente maravillosa y estupenda, que a diario nos propone retos y desafíos para enfrentar y ganarnos un lugar en el mágico y colorido universo que son los niños. Un universo que muchas veces se ve opacado por la enfermedad, por

el dolor, la incertidumbre, donde los juegos se hacen de repente recuerdo y a la vez anhelo.

Es así como esta creación única, que sin permiso nos sumerge en sus sueños, por si fuera poco, termina de apagar su luz con el temor que se anida, por ejemplo, en el blanco de una bata, que sin duda va perdiendo su esencia para la que fue pensada y nos vuelve en una especie de monstruos disfrazados del color ausente, que más que protección levanta una barrera gigantesca e indestructible. Complementando el atuendo, aparecen las mascarillas, que nada dicen del lenguaje de la sonrisa que minimizan los riesgos pero congelan inevitablemente las palabras; y unos guantes que, fácilmente nos hacen olvidar lo que sería un abrazo y el contacto piel a piel que podría tener el poder de sanar abismos profundos de abandono y desamor.

En fin, hoy por hoy, el mundo de la medicina en general, a dado paso a una serie de inventos que no pretendo desvirtuar de ninguna manera, puesto que sé de su valor e importancia, respaldados científicamente, pero que indiscutiblemente, desde mi experiencia personal, más aún en esta población, constituyen mecanismos de bioseguridad que si bien protegen la vida, a cambio le arrebatan humanidad a esa relación profesional-paciente.

Se podría concluir que el abordaje de un paciente siempre será un aprendizaje, desde cualquier punto de vista; cada uno de ellos es un mundo que pasa por nosotros de repente y muy probablemente no vuelva.

Desde el día en que nuestras miradas se cruzan comprendemos que somos gracias a ellos y, que ahora todo tiene sentido, que el tiempo a su lado no será eterno, pero tampoco es un tiempo que se va, que se pierde; es un tiempo que se gana y aunque ya no vuelve a ser, se queda congelado en el corazón y en ese archivo donde se guarda la antología de las mejores cosas vividas y, allí espera hacerse eterno.

Cada paciente lejos de hablar de datos estadísticos, es un sello que se graba en nuestra vida y de vez en vez, viene también a curarnos y aliviarnos el alma, aunque científicamente el enfermo sea nuestro paciente. Por esto me atrevo a decir: maravillosa experiencia: donde recibes más de lo que esperas dar.